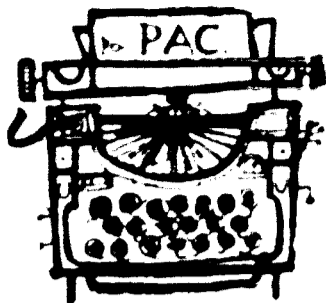


escrito a máquina

El grito suburbano



La crucifixión se realizó fuera de la ciudad. El Gólgota era un "Acuahualinca" fuera de los muros de Jerusalén. Volvía a suceder con la muerte lo que había sucedido con el Nacimiento en el Pesebre: el acontecimiento brotaba en el cinturón de miseria, en el exilio del orden establecido.

Durante siglos el cristianismo hizo el esfuerzo de meter dentro de la ciudad el acontecimiento escandaloso de la Cruz. El pueblo sencillo llegó a inventar costumbres que hoy nos desasosiegan: paralizaba la ciudad. Hasta que la ciudad se sacudió la molesta conmemoración. En realidad, un crucifijo —por mucha costumbre que se tenga de verlo— es un signo demasiado violento y lleno de incompatibilidades. Su desnudez lacerada es un grito: el grito de la pobreza. . .

Mejor cubrir ese grito. No pocos sacerdotes y obispos ayudan a los potentados a sacar fuera de Jerusalén, fuera de la ciudad, al que debe morir. Hay que velar, o por lo menos alejar ese grito.

La ejecución es suburbana, como el nacimiento fue campesino. Cosas poco importantes. Y no es que no crean. Creen. Pero. . .

"Yo creo", dice el rico, pero negocio es negocio. Creo, pero calumnio; dice el periodista. Creo, dice el líder político, pero persigo al que no se me doblega; creo —dice el solemne ejecutivo o el voraz empresario— creo pero desnudo, aplasto a aquel que Cristo me dijo que era Cristo, al "otro", a mi semejante. Y ESE ES EL QUE ME JUZGARA.

La fe sin caridad nos debe dar terror. Ya Santiago nos advierte: "Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien, pero también los demonios le creen y tiemblan. . .".

No en balde en la raíz de la Pasión está la venta. Un saquito con treinta monedas.

Y Judas era un amigo. La riqueza no necesita gran cantidad de monedas para segregar su veneno. Generalmente es por poco, muy poco dinero, que los hombres se destrozan. Un día de salario hasta al terrateniente para votar a favor de Barrabás y crucificar a Cristo que está a su servicio en su plantación. Dos meses de falta de pago y le arrebatas su casa al desesperado. Por dos o tres monedas vendemos a un amigo. . .

Este es el problema. Hemos acentuado la repulsión de la figura de Judas y ya no nos reconocemos en él. El no usó un pagaré ni un cheque y el saquito de monedas nos parece una cosa antigua simbólicamente repugnante. Era tan honorable y buen amigo que Cristo le incluyó entre los doce. No falló hasta que comenzó a ponerse de parte de la riqueza contra el pobre. Cuando Magdalena vació el vaso de perfume de nardo a los pies de Cristo, le pareció excesivo. ¿Cómo voy a aumentarle el sueldo a este hombre —diría hoy— si todo lo malgasta en guaro. . .?".

Y es entonces cuando comienzas a ser dios. El primer paso es ser juez de los demás. Ya te sientes justo en la justicia del dinero. Tú puedes dar y quitar.

Un paso más y ya podrás quitar también la vida.

. . . Porque la ejecución es suburbana, como el nacimiento fue campesino. Cosas poco importantes. . .

PABLO ANTONIO CUADRA